

DE LA UNIDAD DEL VERBO BASCONGADO

Dos son, principalmente, las causas que se oponen al reconocimiento de esta unidad cimentada, por cierto, en la unidad de la palabra también bascongada:

Tales son: 1.ª, las aparentes irregularidades del presente de indicativo de nuestro verbo sustantivo que solo existen en la imaginación de sus intérpretes; y 2.ª, las formas sincopadas de los tiempos simples de nuestros verbos primitivos, en los cuales no han podido sorprender aquellos, la presencia de los núcleos de nuestros verbos auxiliares *iz*, *au*, que los vivificaran y á los cuales deben aquellos su actual signado.

A estas dos causas de que nos ocupamos en otra ocasión en esta misma Revista, debemos añadir otras dos, no menos importantes, pero más peligrosas aún que las citadas arriba, aunque enlazadas con ellas.

Tales son: 1.ª, el olímpico desdén con que acogen los trabajos lingüísticos de los naturales, aquellos euskarólogos extraños que por sus luces y conocimientos filológicos, son considerados por los hombres de ciencia, como los solos maestros del bascuence; y 2.ª, el espíritu de adivinación que se ha apoderado de estos maestros y su inclinación á emitir en forma hipotética ciertas aventuradas opiniones, de las cuales sale siempre mal parada nuestra pobre lengua, que en manos de estos nuevos directores de la opinión quedará bien pronto despojada de sus principales raíces, y convertida en una de esas jergas incalificables, que son á las lenguas lo que las monstruosidades son á la naturaleza viva, y valga la comparación.

El Príncipe Luciano Bonaparte, que á pesar de sus grandes dotes no brillaba por su instinto lingüístico, fundándose sin duda en la ausencia del monosílabo *iz*, radical de nuestro verbo sustantivo *iz-an*

(ser y existir), en las tres personas del plural del presente de indicativo *gara ó gera*, *zara ó zera*, y *dira*, así como en la tercera del singular *da*, creía como artículo de fé, que han sido dos ó más, y muy distintos, los núcleos verbales que han concurrido á la formación de este tiempo, sin echar de ver la herejía lingüística que se oculta en las hipótesis. En efecto, si el monosílabo *iz* tenía la aptitud necesaria para formar las dos primeras personas del singular ¿por qué le había de faltar esta misma aptitud para formar la tercera del singular y las tres del plural?

Su predilecto discípulo, nuestro paisano Campión, siguiendo las huellas de su maestro y deseando confirmar sus doctrinas, avanza aún más por esta senda, y opina por su parte que las tres inflexiones del plural que descompone en esta forma *g-era*, *z-era*, *d-ira*, para acercarlas á *ira-un* (durar), cuya tercera del presente singular dice *d-ira-u* (dura), han sido formadas por éste último verbo. De que se sigue que en el sentir de nuestro paisano y al emplear aquellas inflexiones, barbarizamos los bascongados de lo lindo, diciendo *duramos*, *durais*, *durán*, allí donde todo cristiano dice *somos*, *sois*, *son*.

Fúndase para emitir esta opinión no tanto en las analogías designado *durar*, *permanecer*, *estar*, *ser*, cuyos vicios acabamos de señalar, cuanto en las semejanzas de forma *diran*, *dira*, etc., de suyo engañosas y falaces; pero sin echar de ver que la cuestión primordial en el caso presente es la de saber «por qué y en virtud de qué la radical de nuestro verbo sustantivo *iz*, que formara las dos primeras del singular *na-iz* y *a-iz*, con los demás tiempos de su conjugación, perdió su aptitud para formar las inflexiones del plural y la tercera del singular, y si esta pérdida pudo tener lugar.»

Mas prescindiendo ahora de esta cuestión de principios, es lo cierto que el ilustre autor de la gramática de los cuatro dialectos no se ha fijado en lo que tan claro se ve, y lo hemos demostrado, esto es, en que la vocal *i*, añadida al pronombre prefijo *d*, del singular *da* (él lo es), es un exponente de plural de las personas pasivas de nuestra conjugación, y que su adición á la tercera de singular dicha *da*, cambia esta inflexión en *d-i-a*, y con la letra de ligadura *r*, *di-ra* (ellos lo son), con lo cual queda destruida toda semejanza de forma: *z-an* (él era) adición de la *i*, exponente de plural *z-i-an*; y con la letra de ligadura *r*, *ziran* (ellos eran): *dau*, contraído, *du* (lo ha); adición de la *i*, al pronombre prefijo *d*, *d-i-u*; y con la letra de ligadura

z, (enlace, aumento, repetición), *ditu* (los ha). De donde *ditut*, *dituk*, *ditun*, *ditugu*, *ditudaz*, *ditunaz*, etc. ¿Se quieren más pruebas?

Paréceme además advertir en el señor Campión, así como en Giacomino, Wan-eis y demás euskarólogos, una marcada inclinación á atribuir á la presencia de otros tantos núcleos verbales distintos, algunas de las formas que reviste la conjugación de nuestro verbo sustantivo, con la pretensión de explicar por estos núcleos su signado de *ser* y *cristir*.

El Conde de Charencey, inspirándose en las mismas doctrinas, y mal avenido quizá con este engendro anómalo que se compadece mal con la cultura y pulcritud de las lenguas sabias, opina por su parte:

Que el bascuence, á semejanza de otras lenguas inferiores (y aquí entra lo gordo) carecía antes de verbo sustantivo, y que el que hoy tiene ha sido tomado de alguno de los pueblos que nos han circundado, de modo que en el sentir de este filólogo, lo mismo que en el de los Marianas y Tragias, el bascuence es una especie de guirigay ó mezcla informe de voces, giros y construcciones tomados al azar de los pueblos que nos han rodeado, y de los cuales hemos tomado también los elementos constitutivos de nuestro asendereado verbo sustantivo. Y alucinado con estas ideas y penetrado de su verdad, añade.

Que las inflexiones de las dos primeras personas de su presente de indicativo *na-iz* (yo lo soy), y *a-iz* (tú lo eres), han sido tomadas de sus similares las sanscritas *as-mi* (lo soy yo), y *as-i* (lo eres tú); que invertidas en la forma *mi-az=ni-az=naz*; *ni=aiz=naiz*; *i-as=i-az=az*; *i-ai=aiz*; se transforman en efecto en las nuestras *naiz*, y en bizcaino *naz* y *a-is=aiz*, y en bizcaino *az*.

Mas no se ha fijado sin duda en estas inversiones, ni se ha fijado en que la vocal *i*, dichosamente conservada en la segunda inflexión *a-si*, de la lengua primogénita de los arias, es precisamente en la nuestra el pronombre de segunda persona de singular *tú*, y el mismo que ha dado su signado á nuestra inflexión *aiz=iwiz*, *az=i-az* y que este mismo signado tiene en la inflexión sanscrita *as-i*, por una excepción que no alcanza á ninguna de sus hermanas menores, de las cuales desapareció este pronombre, lo mismo que del sanscrito, no obstante las funciones de tal que desempeña en la conjugación del presente de su verbo sustantivo.

Tampoco se ha fijado en que la presencia de la vocal *a* en las inflexiones sanscritas *as-mi* en vez de *aiz-mi*; *as-i*, en vez de *aiz-i*; así

como en la lituana *ami*, y en el inglés *am*, y que el griego cambia en *e*, *ei-mi* en vez de *eis-mi=ais-mi* etc., revela su origen genuinamente euskaro.

Tampoco se ha fijado en que la raíz de nuestro verbo sustantivo *iz-an*, no es el monosilabo *az*, *atz*, que no teniendo signado conocido en el sanscrito, significa en nuestra lengua *aliento*, *respiración*, *soplo de vida*; de donde *atz-en* (aliento supremo ó último), *az-bide* (larínge), *az-ben* (suspiro), etc.: *writik echera iru atzen egin ditut* (literal desde el pueblo á mi casa he hecho tres alientos supremos), y en traducción libre «desde el pueblo á mi casa tres veces me faltó el aliento, y para no ahogarme me he visto obligado á hacer otras tantas paradas», dice el viejo casero de nuestras montañas.

Mas á pesar de este signado de *respirar*, *vivir*, *ser*, que en ninguna lengua se revela con la claridad que en la nuestra, dicho monosilabo desconocido en el sanscrito, no ha sido el generador de nuestro verbo sustantivo, sino la radical del verbo *izan* (ser, existir), que es *iz* (ser, voz, palabra, existencia, verbo) que todos estos signados tiene en nuestra lengua este humilde vocablo: *atzean zan Itz-a*: (in principio erat Verbum): *eta Itz-a zan Jainko balthan*: (et Verbum erat apud Deum): *eta Jainko-a Itz-a zan*: (et Deus erat Verbum), decía Lizarraga hace cuatro siglos; y Dios es el Ser de los seres, y el Ser por excelencia.

Por último, es una verdad axiomática que las ideas se expresan en el lenguaje, en el orden mismo en que se suceden en nuestro entendimiento, y siendo la noción del sujeto condición anterior á la de sus modos de ser, es claro que las voces expresivas del sujeto deben anteponerse á las expresivas de sus modos de ser. Es así, decimos nosotros, que el bascuence en dichas inflexiones se atempera al régimen natural, anteponiendo al efecto el pronombre sujeto al verbo *iz*, que expresa su modo de ser y su existencia pasiva, y que el sanscrito invierte este régimen anteponiendo el verbo, que expresa el modo de ser del sujeto, al pronombre, que ejerce los oficios de sujeto; luego en el orden natural y lógico la construcción euskara es anterior á la sanscrita, como el régimen es condición anterior á su inversión, y la aglutinación á la inflexión.

Si se hubiera fijado en estos pequeños detalles que aislados nada significan, pero que unidos adquieren una fuerza incontrastable, habría comprendido que el bascuence aglutinante, no ha tomado aque-

llas inflexiones del sanscrito, lengua inflexiva, sino que lo contrario es la verdad. Cuando el pueblo Indo-ario se separó en las regiones del Asia del gran tronco *euskaro* en que un día se contenía, no había nacido aún á la vida su lengua sanscrita, y desde aquella remotísima fecha el pueblo bascongado no ha vuelto á ponerse en contacto con el pueblo Indo-ario, si hemos de atenernos á las luces que arroja la historia, ni han podido por consiguiente influenciarse recíprocamente sus respectivas lenguas. Calcúlese, pues, la suma de antigüedad que representan aquellas humildes inflexiones.

Por último, para colmo de contradicciones, opina el mismo Charencey, que el bascuence formó su verbo sustantivo del pronombre de primera persona singular *ni*, mediante la adición del subfijo instrumental *z* en la forma *niz*, que según esta construcción, no significaría ni *ser*, ni *existir*, ni *permanecer*, ni *durar*, ni *respirar*, ni *vivir*, sino simplemente *de mí*, ó *á mí*, ó *por mí*, pluralizado; como *esku-z* (á mano); *guante-z* (á guante); *diru-z* á dineros); *buru-z* (de memoria), y lit. á cabezas); *lora-z* (de flores), etc.

¿Qué más dijeron los Tragias y los Marianas de lo que dicen los modernos lingüistas? ¿Y qué es lo que nosotros debemos pensar de tales extravíos? Que así como los errores de aquellos fueron debidos á la época en que vivieron, así también los errores de los modernos se deben á las tinieblas en que hoy se agita el lingüista falto de guías que le orienten en sus investigaciones.

¿Y qué es lo que debemos hacer? Protestar contra estos errores que, de prevalecer en la opinión, inhabilitarían al bascuence para cumplir el fin providencial á que debe su actual conservación.

Dicho esto, pasemos á reconstruir los presentes é imperfectos de indicativo de nuestros verbos auxiliares, así como los de los tiempos simples de nuestros verbos primitivos, pues hecha esta reconstrucción, quedará patentizada la unidad del verbo *euskaro* que presintió el abate Inchauspe y presiente hoy nuestro paisano el sacerdote Azcue, catedrático del bascuence en Bilbao; pero que no es precisamente la que han pensado en todos los tiempos los partidarios de este principio.

En efecto, el verbo *euskaro*, aunque único, consta de dos factores ó términos que se unen entre sí, y se completan, para darnos la noción de la existencia de los seres, cual el mundo espiritual se une y se completa en el material y sensible, para darnos la misma noción.

Tales son: 1.º, el monosílabo *iz* (ser y voz), radical de los verbos

iz-an (ser y existir), y *ez-an* (decir), variedad fonética del anterior, y la característica además del conjunto de los seres que componen el mundo ideal, espiritual y suprasensible, contenido en el entendimiento de Dios (*i*), en quien tienen su origen (*z*); y la característica también del conjunto de las voces que componen el lenguaje ideal, espiritual y suprasensible, contenido en el entendimiento del hombre (*i*), en el que tienen su origen (*z*).

2.º, el diptongo *au* (ser sensible y completado, y voz sensible y completada, ó sea el habla), radical de los verbos *au-ki* y eufonizado *eu-ki* (tener), y *ausi* (hablar); y la característica además, del conjunto de los seres completados que pueblan el mundo corporal, material y sensible (*a*), contenido en la inmensidad del espacio (*u*), en que se nos muestran.

En el primer caso los seres y las voces, sus imágenes, existen virtualmente y en potencia y disponibilidad, pero no en el acto, sino en pasividad, esto es, *in posse*; razón por la que su característica, el monosílabo *iz*, ha formado el verbo sustantivo de nuestra lengua *izan* con el signado de *ser* y *existir* que recibiera *á natura*, y que de derecho le corresponde.

En el segundo caso, por el contrario, los seres y las voces se hallan en plena actividad, y en plena posesión y dominio, los primeros del mundo material y sensible, su obra; y los segundos del lenguaje hablado, material y sensible, su obra; por cuya razón su característica el diptongo *au*, ha formado el llamado auxiliar activo de nuestra lengua, con el signado de *haber*, *tener*, *poseer*, que recibiera *á natura*, y que de derecho le corresponde, pues en la filosofía del lenguaje el espíritu es el señor y el dueño de la materia.

VICENTE AGUIRRE.

(Se continuará)

